

MADRE

Tú fuiste la que me diste el ser, sin pedírtelo, sin mi consentimiento. ¿Pensaste en mí siquiera un minuto cuándo lo hiciste o sólo te dejaste llevar por el deseo? Estoy seguro que no le pensaste ni en ese momento ni después. Si no me abortaste fue por miedo de que a ti te pasara algo, sólo por eso, yo te valía madres como te sigo valiendo hasta este momento. Es muy sencillo dar a luz un nuevo ser, si no fuera así no habríamos tantos habitantes en el mundo. Ya somos miles de millones. Y ustedes siguen presumiendo lo que tuvieron que sufrir para que nosotros nacióramos. No dudo que eso duela, no voy a decir que no. Pero ese dolor lo desquitan ampliamente el resto de sus vidas amargándonos las nuestras con sus reclamos, su intolerancia, su falta de amor.

“Madrecita adorada, madrecita querida, gracias por haberme dado el ser”. Eso me hacían escribir en primaria cuando se acercaba el día de las madres. Además de las palabras tenía yo que pintar florecitas de todos colores. Me acuerdo de la carta que te di en cuarto año de primaria, de las demás no me acuerdo. Era grande y además de las flores tenía pajaritos y un sol brillante. La tomaste, sonreíste y la tiraste al bote de la basura. ¿No te acuerdas? No lo hiciste frente a mí, lo hiciste cuando yo salí de la cocina donde estabas. Regresé por agua y te vi tirarla. Así has de haber tirado las demás. Pensándolo bien yo también hubiera reaccionado de la misma manera. Eran cursis. La diferencia es que yo no he tenido nada que ver con el nacimiento de un nuevo ser.

¿Para qué me tuviste? En serio, quiero que me contestes. ¿Para tener a quién mandar, tener quién te obedeciera? ¿Para tener a alguien en quién desquitar tus frustraciones, tu amargura, tu depresión? Eso lo llamo yo

egoísmo. Yo también soy egoísta, algo tuve que aprender de ti. Pero no me gusta serlo y a ti sí. Y no solamente yo te he valido gorro en la vida, también te valió mi padre y el resto de la familia. Todo para ti, nada para los demás.

En la escuela, además de hacer cartitas para el día de la madre, me enseñaron que antes de juzgar a una persona se le debe conocer. Tienen razón. Me puse a investigar tu vida, pregunté a mi padre, a tías, a tus amigas, leí tus cartas que tienes guardadas; leí, algo más importante, tu diario. Ya sé que no debí hacerlo, que es algo sólo tuyo. Pero yo también soy tuyo, no lo olvides. En las respuestas de los demás y en todo lo escrito no encontré nada que te justifique. Fuiste amada por tus padres, tuviste muy buena relación con tu familia. Eres querida de tus amistades. Te fue bien en la escuela. Tu marido te adoró y creo, que a pesar de ti, te sigue adorando. Todo positivo. Bueno, también tienes pequeños tropiezos en la vida: alguna enfermedad, una época de poco dinero, otra época sin sirvienta, que para ti fue tremenda según escribes; la muerte de tus papás y párale de contar. Todo lo demás muy bien. Con la excepción, claro está, de mi persona. Nada me has perdonado, ni que sea estudioso, ni que sobresalga en la escuela, ni que mi padre me quiera tanto, ni...Para qué seguir.

Vuelvo a preguntar ¿qué te hice para que me desprecies tanto? Por mi culpa se te descompuso el cuerpo en el embarazo? Creo que no. Siempre te viste muy bien, sobre todo cuando eras más joven que ahora. ¿Por mi culpa mi padre te dejó de querer? Tampoco lo creo. ¿Perdiste oportunidades de desarrollarte? Menos todavía. A ti lo que te interesa es lucir en sociedad, lo demás te vale igual que yo. Dime el motivo. No me voy a enojar. Y si algo puedo corregir lo haré, te lo prometo.

Pero dímelo pronto para hacerlo pues a ti ya no te queda casi nada de vida. Aquí estás, en tu lecho, ahora sí sufriendo de verdad. El médico me

dijo que no pasarás del día de hoy. Antes de morirte dime por qué me has odiado tanto. ¿No me quieres contestar? Qué pena. Yo sí te puedo decir que el ser que diste a luz está feliz de que el ser que me parió deje de ser. Y para que veas que soy bueno te deseo una muerte feliz.

Tomás Urtusastegui

Marzo 2006